

Rosario y su hogar.
Una historia de violencia vivida desde el sustrato de una educación sexista.

Por: Ms.C. Iyamira Hernández Pita. Especialista del Centro de Salud Mental del
Municipio de Playa
arimayi@infomed.sld.cu

(Especial para **No a la Violencia**)

La familia es el grupo natural del ser humano e, históricamente, se ha organizado sobre la base del matrimonio, que suele definirse como una institución social en la que un hombre y una mujer se unen legalmente con el fin de vivir juntos, procrear, alimentar y educar a sus hijos; aunque en los últimos años crecen cada vez más las uniones consensuales como formas de constituir familias. Pero, sin dudas, la existencia de una persona está estrechamente ligada al ambiente familiar. Este ambiente circunda su vida, sus triunfos y fracasos¹.

Pese a las grandes transformaciones del mundo contemporáneo, de los progresos científicos y tecnológicos que generan, a su vez, un sistema de vida, la familia sigue siendo el hábitat natural del ser humano. No debe verse como grupo aislado, sino en sus relaciones con determinados aspectos de la sociedad. De la integración de valores y normas en la familia depende la relación entre el individuo y su entorno social.

Por tanto, consideramos que al estudiar la realidad familiar, científicamente, debe fusionarse la visión macro y micro sociológica hacia el análisis de este escenario social; valorando que la familia regula determinadas necesidades sociales e individuales.

Calificamos a la familia de grupo primario, en el cual las personas tienen sus primeras y fundamentales experiencias sociales, y al cual están vinculadas del modo más intenso, durante más largo tiempo.²

En el grupo familiar actúan ideales individuales, valores y normas de la sociedad; la posición social y la situación económica de los miembros de la familia se reflejan en las funciones y formas de interacción familiar.

Para la Sociología, la familia es la forma típica de estructura e interacción en la institución social y no tanto una estructura psicodinámica de relaciones. Por consiguiente, es un aspecto del ser social³.

La familia, como objeto de investigación, no es categoría abstracta sino histórica; su vida y sus formas están condicionadas por el régimen económico- social imperante y el carácter de las relaciones sociales en su conjunto.

Vivimos momentos de cambios importantes en las prácticas cotidianas, que complejizan la dinámica de la familia y convierten este espacio en un campo de acción de vital importancia para nuestra mirada profesional. Nuevas formas en la distribución de los roles, maneras diferentes de concebir y vivir en pareja, pervivencia aún de relaciones asimétricas de poder, diferenciaciones entre los miembros de una misma familia según poder económico, prejuicios raciales y de orientación sexual, son algunos de los retos que se imponen.

Uno de ellos, sin dudas, es la atención a la violencia que se genera al interior del hogar. Según afirma la doctora Clotilde Proveyer en su estudio "Nombrar lo innombrable", del año 2008, en la isla existe presencia de la violencia, al menos sutil, en muchas relaciones de pareja. Aunque no hay estadísticas precisas sobre este

¹ Engels, F. *El origen de familia la propiedad privada y el Estado*. En: Obras Escogidas (III). Ed. Progreso. Moscú; 1974:222-224.

² Arés, P. *Mi familia es así*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1990: pp. 142-153.

³ Fleitas, R.: "Las tradiciones teóricas en los estudios sociológicos sobre la familia", 2001, pp.8-17.

problema, que tiende a ocultarse y es difícil de reconocer, algunas investigaciones apuntan a la existencia de todas las formas de violencia, con predominio de la psicológica y emocional, ejercida fundamentalmente contra las mujeres y las niñas.

En nuestro medio, aunque la mayoría de las madres trabajan y desde el Estado se desarrolla una lucha incesante en la creación de condiciones políticas y sociales con vistas a lograr una total emancipación de la mujer, ellas aún no han podido desprenderse del papel que les ha correspondido por siglos: criar y preparar a los hijos para la vida, cuidar del hogar y estimular en el esposo la idea de que él sigue siendo el jefe de la familia, con poco sentido de participación en pareja y coeducación de los hijos. La sociedad sigue esperando de la mujer, además de su desempeño profesional en igualdad de condiciones con el hombre, fiel cumplimiento de sus tradicionales obligaciones de madre y esposa.

Históricamente visto como asunto íntimo y de pareja, el conocimiento y existencia de la violencia muy difícilmente rebasa los límites del hogar y, en el mejor de los casos, se encuentran, como comentario común, las socorridas frases de “ese es un problema de ellos”, “un asunto privado”, cuando no el cauteloso dictamen de que “entre marido y mujer nadie se debe meter”.

No es necesaria una vasta experiencia profesional en el campo de la Sociología para llegar a semejantes conclusiones. Los hechos de nuestra vida cotidiana dan pruebas fehacientes de esta realidad. Incluso, muchas personas suelen reconocer que la violencia psicológica existe, junto a otras manifestaciones, aunque no siempre se identifiquen a sí mismas como víctimas o victimarios. Y también existen quienes han padecido ese tipo de actos, sin una clara percepción de los hechos.

Este es el caso de Rosario; una apretada síntesis de su historia de vida nos permitirá valorar a través de un análisis micro sociológico de la familia, una larvada historia de violencia psicológica en la relación de pareja.

Rosario y su hogar

El hogar de Rosario se encuentra ubicado en La Habana, en el municipio de Marianao, al oeste del país.

Hija, nieta y bisnieta de mujeres que se criaron bajo el precepto de que “la mujer debía ser honrada, recta, honesta, atender y cuidar a sus hijos y atender al esposo”, entre sus antecedentes familiares también se suma la presencia de hogares de múltiples hijos, con madre y abuelas de fuerte carácter, pero muy queridas por hijas e hijos, sobre todos los varones porque a las hembras les daba un “trato más fuerte, les exigía más”.

Abuela Niñita (abuela materna), en especial, “siempre se dedicó a las labores domésticas, lavaba para la calle y ya en el año 39 se incorporó a la vida laboral; ejerció como trabajadora de servicio durante 17 años; alcanzó un cuarto grado, sabía leer y escribir”, explicó Rosario durante una de las múltiples entrevistas que conformaron esta investigación.

“No era de las mujeres que decían que los hombres debían trabajar en el hogar, al contrario, creía que era necesario tener un trabajo para aportar al ingreso hogareño. Su esposo, mi abuelo, era el propietario de la vivienda y llevaba las riendas del hogar; era un hombre de naturaleza ‘isleña’, recto pero cariñoso a la vez. “Abuelo le pegaba a sus hijos pero ellos veían esto como algo natural pues solo les daba cuando hacían algo incorrecto o incumplían sus quehaceres, tiraba objetos, daba nalgadas, bofetadas. Se podía percibir, a pesar de estos actos impulsivos que él los quería, lo único que no sabía expresar su afecto.

“Según mis recuerdos y lo que he escuchado de mi madre, nunca se habló sobre temas de sexo, con excepción de la menstruación, cuando se les advertía a las mujeres ‘que a partir de ese momento debían cuidarse de los hombres’”.

La madre de Rosario nació en La Habana, y se casó en 1937, por el juzgado civil.

“Malungo, como solíamos llamar a mamá, tuvo ocho embarazos; de ellos cinco abortos porque ella no quería tener muchos hijos. Peo al final quedamos solo una hembra y un varón.

“Papá era el propietario de la vivienda, él llevaba las riendas de la casa, era un hombre bueno, presumido, bailador, mujeriego, le gustaba la caza y la pesca. Siempre trabajó, y ejercía como deportista de caza y pesca. Posteriormente fue entrenador en esa especialidad hasta su jubilación. Mamá, es una mujer fuerte de carácter, inteligente, trabajó siempre en la casa, amaba a su esposo, lo complacía en todo. Recuerdo que Pipo llegaba de cacería a las 3 de la madrugada y ella se levantaba a esa hora a preparar lo que quisiera comer.

“A la hora de dormir se pintaba, se ponía lazos en el pelo amoldado y cubría su cuerpo con lindos ropones y al preguntarle por qué tanto arreglo para dormir decía: ‘porque la mujer... hija, debe estar siempre linda para su hombre’.

“El era mujeriego, pero ella toleraba todas sus infidelidades, pues la concepción era que ‘la mujer no se separaba del esposo’, además de que ella estaba muy enamorada de él, porque nunca hubo maltratos físicos entre ellos. Ambos decían siempre que la hembra debía ser de la casa y el varón trabajador de la calle, ya que su deber era mantener a la familia. Rosario nació, igualmente, en la capital cubana, y fue la menor de tres hermanos. .

“Como momento desagradable de esta etapa de mi infancia guardo aún el día en que mamá me sacó de la escuela porque decía que yo estaba enamorada de un mulato, quien solo era mi amigo. Me encontraba cursando el quinto grado y no lo terminé. Desde entonces me dediqué a las labores del hogar.”

Rosario tiene malos recuerdos de este hecho porque, para ella, “la escolaridad es esencial para prosperar en la vida”. Los hombres de su familia tuvieron más acceso a la educación y muchos de ellos se hicieron profesionales mientras las mujeres realizaban labores domésticas.

“Nunca di lugar a que mis padres me castigaran o pegaran; sin embargo, a mi hermano por cualquier travesura que hacía le pegaban con una tabla de caja de dulce de guayaba. Esta reacción de mi madre no me gustaba; siempre he pensado que a los muchachos no hay que golpearlos para que aprendan.

“Mi adolescencia transcurrió en este barrio urbano, ayudaba a mi mamá y a mis tías en los quehaceres del hogar; salía poco porque mis padres no me dejaban, no siendo así en el caso de mi hermano quien trabajó desde los trece años. Me enamoré a los trece años de un hombre de 25; tuvimos relaciones de noviazgo durante quince meses. Durante esta etapa él me llevaba a pasear, me complacía en todo a pesar de que las visitas tenían un horario reglamentado por mi padre, de ocho a diez de la noche.

“Decidimos casarnos cuando yo solo tenía 14 años, en 2 de junio de 1956, por el juzgado; mis padres dieron su consentimiento, y él ha sido el hombre de toda mi vida. No fue difícil para mí acostumbrarme a la vida de casada porque sabía hacer de todo en una casa.”

Rosario, incluso, celebró sus quince años ya casada. El esposo trabajaba como chofer en una panadería y era quien mantenía el hogar.

“Éramos muy felices”, asegura nuestra entrevistada. A los dos años de casados planificaron los hijos. El primero nació en el año 58 y fue un varón, y las demás, todas niñas, en 1959, 1963y 1971.

“Cuando me casé con mi esposo empecé a descubrir rasgos de su carácter que no sospechaba: era malhumorado en el hogar cuando en ocasiones no se hacía lo que él orientaba, un hombre al que no le gustaba que me relacionara con nadie ni me permitía trabajar en la calle. Me hubiera gustado que fuera cariñoso como cuando lo conocí, que confiara más en mí y en mis capacidades, que hubiese compartido las tareas del hogar conmigo. El controlaba el dinero y yo realizaba todas las tareas del hogar, incluso, el cuidado de los niños.

“Después del triunfo de la Revolución mi vida cambió. Fui fundadora de los CDR y la FMC. Mi esposo empezó a pensar diferente en relación con mi desarrollo personal. Me

permitió trabajar y comencé en el año 1973 a ejercer como jefa de comedor en un centro escolar. Ya mis tres primeros hijos eran hombres y mujeres que trabajaban y estudiaban, y a la más pequeña pude incorporarla a un Círculo Infantil.

“Mis hijas no coincidían con mi forma de pensar en relación con el amor a la pareja, el noviazgo y el matrimonio, tanto así que dos de ellas, la tercera y la cuarta, tuvieron relaciones sexuales antes del matrimonio. Yo fui capaz de comprender y aceptar este hecho; no ocurrió lo mismo con mi esposo, pues a él ni se lo comunicamos.

“Tanto el varón de mis hijos como las dos hembras mayores, cuando confrontaron dificultades en primeras relaciones matrimoniales, decidieron separarse a pesar de tener hijos en común con sus parejas. Se vuelven a unir en matrimonio al cabo de los años y las hembras conciben hijos de esta nueva unión. Confieso que nunca me ha gustado la idea de tener hijos con diferentes hombres, pero fui entendiendo que la vida evoluciona y las personas cambian su forma de pensar y actuar”.

Para satisfacción de Rosario, sus hijas e hijo lograron alcanzar un nivel escolar superior al de ella; las dos mayores se graduaron de maestras primarias, la más pequeña cursó estudios técnicos y en la actualidad se encuentra trabajando a la vez que estudia en la Universidad; en tanto el varón se graduó de técnico automotriz.

“Mi hija menor se quedó a vivir junto a nosotros, ella ha logrado desarrollarse, es de ideas más revolucionarias con respecto al papel de la mujer frente al hombre y sus obligaciones, tanto laborales como en el hogar. Me ha ayudado mucho a reflexionar y cambiar formas de pensar y de concebir las cosas.”

En el año 1994 Rosario perdió a la tercera de sus hijas en un accidente hogareño. Ella dejó dos hijos varones que fueron asumidos por la familia, lo que cambió la dinámica del hogar.

“Mi esposo y yo estamos viviendo momento felices, él se ha desdoblado después de las pérdidas que sufrimos y es muy cariñoso conmigo, con sus nietos y con las dos hijas que nos quedan. Creo que la única añoranza que tengo es no haber puesto más empeño en cuanto a mi superación, si así hubiera sido quizás hoy sería una enfermera jubilada porque esa era la profesión que más me gustaba.”

Consideraciones finales

Después de este análisis socio-histórico de la familia, intentaremos exponer algunas consideraciones relativas a la influencia de una cultura patriarcal, conformada por concepciones y prejuicios tradicionales que enraízan valores muy sólidos en la vida familiar.

Se pudo constatar que en los ascendentes de esta mujer se mantuvo una misma concepción en relación con los roles masculinos y femenino, así como la idea de lo que debe ser un hombre y una mujer, con una historia larvada de violencia psicológica. Se evidencia que el problema de la desigualdad es de lenta erradicación y persiste debido a diversos factores objetivos y subjetivos, como son los prejuicios, atavismos y concepciones erróneas sobre la crianza de los hijos y la vida familiar.

Igualmente, la historia de vida de Rosario evidencia una pobre participación de la mujer en la vida social por línea intergeneracional. El hombre era la cabeza legal de la familia, ganador del sustento y autoridad suprema, mientras la mujer se mantenía vinculada a las tareas del hogar y constituía invariablemente la figura principal en la crianza de los hijos (la mujer de sus ancestros era una persona de segunda categoría, dependiente económica de la figura masculina).

Se apreció la no participación del hombre en la vida en pareja (se evidencia una distribución de los roles no equitativa), especialmente entre sus ascendentes.

También, un menor grado de realización personal de uno de los cónyuges (específicamente la mujer) y estructura de la autoridad con predominio del hombre. Presencia de tabúes y prejuicios en relación con la sexualidad que limitaban la comunicación con los hijo/as sobre estos temas.

Se constatan, en el sistema de comunicación intrafamiliar de padres a hijos, mensajes y acciones educativas encaminadas a la enseñanza de la masculinidad y la femineidad. En tanto, el cumplimiento de los deberes escolares (específicamente los de la mujer) era limitado para poder asumir los deberes del hogar.

La llegada de miembros nuevos o la salida de alguno de ellos del núcleo familiar cambia la correlación de los roles y la interrelación y el carácter de la comunicación de la familia. Se observa a la familia como agente socializador en cuyo ámbito el sujeto adquiere su identidad y su posición individual dentro de la red intergeneracional.

En esta familia de Rosario, con independencia de las individualidades, las expectativas sociales de roles para cada uno de los sexos e integrantes del núcleo, sobre todo padre, madre e hijo o hija, han cambiado a partir del triunfo de la Revolución. Entre sus descendientes varió la concepción sobre el matrimonio y el papel de la mujer en el hogar, así como se produjo una mayor igualdad entre los cónyuges en cuanto a realización personal. El nivel escolar evolucionó entre las mujeres de sus descendientes.

Se corrobora que lo aprendido a través del proceso de socialización, como lo son las normas, valores actitudes, costumbres, tradiciones, hábitos, todo ello contextualizado y reforzado en el imaginario social, funciona como barrera para la deconstrucción de los estereotipos de género, y por supuesto, para sembrar bases para la prevención de la violencia; es decir, el cambio no solo debe producirse a nivel estructural, sino desde las subjetividades.

Se hace necesaria la democratización de las relaciones interpersonales, no solo al interior de la familia, sino a escala social. Esa sería, al menos, una de las modificaciones que deberíamos lograr para la contención de un fenómeno como la violencia. Se trata de lograr equidad con diferencia y uno de los primeros pasos sería el adecuado reparto de roles al interior de la familia. Ahora bien, queda lo más difícil, la aceptación social de estos cambios.